

DE PASEO.

III.

—Ha sido Ud. muy puntual á la cita.

—Así he sido siempre. Nunca me ha gustado hacerme esperar. Aunque el concurrir á una cita, mucho después de la hora fijada, sea para muchos de gran tono, á mí me parece contrario á la buena educación.

Estamos, pues, en una de las antiguas propiedades de los carmelitas, convertida en paseo público por iniciativa del Gobernador y Comandante Militar del Estado, D. Vicente Chico Sein.

Pero ya dijimos que hoy no hablaríamos de cosas sino de personas, toda vez que la concurrencia al paseo nos dará probablemente materia para ello.

—De mucho me servirán los conocimientos que Ud. me comuniqué sobre ese particular.

Mire Ud. á la familia Rocafuerte, entra al paseo en su magnífico tren; hay en ella guapas y simpáticas jóvenes, y he oído decir que sus ascendientes pertenecieron á la antigua nobleza española.

—Eso no es verdad. A raíz del descubrimiento del territorio donde está hoy situada la ciudad de San Luis Potosí, se apoderaron de él dos clases de españoles, los premiados y los mercedados.

Los primeros fueron de los que vinieron al país en las tropas conquistadoras, y cuyos servicios premió el Rey con terrenos de los que abandonaron los indios en su huida;

y los segundos fueron de los aventureros que vinieron también á México á ver que les tocaba en el reparto, y á quienes el mismo Rey mercedó concediéndoles gratis porciones de aquellos propios terrenos para que poblaran la zona conquistada. Ni unos ni otros traían ni podían traer títulos de nobleza, porque si alguno hubieran tenido, habrían sido ricos en España, y no se habrían aventurado á venir á tantas leguas de distancia en busca de una fortuna que ya poseían.

Todos esos españoles, como fundadores de la ciudad, monopolizaron la propiedad, el comercio y la minería; la posesión de tales riquezas les dió la preponderancia que tuvieron hasta hace pocos años, se consideraron dueños y señores de San Luis, y sus descendientes, engañados por ellos, creen que aquellos fueron duques, condes, marqueses, ó cuando menos Generales ó Coroneles.

En la ciudad de San Luis sólo hay una familia que desciende por la rama masculina de una persona que tuvo título de nobleza, y esa familia es la que precisamente hace menos alarde de semejante circunstancia. Vive como una de tantas familias de la buena sociedad; la Señora y Señoritas se distinguen por su modestia y finos modales, y los caballeros, dedicados todos al trabajo, á la educación de sus hijos y á ser útiles á la sociedad á que pertenecen.

Esa familia que acaba de pasar, pertenece á la clase rica, es bondadosa y de trato correcto, pero no es noble á la española.

Como ésta hay otras varias en San Luis, aunque de algunos años acá han disminuido las antiguas ricas, porque sus jefes se han arruinado, ó porque los descendientes han dilapidado sus herencias.

Vea Ud., ahí va otra familia también rica, aunque ésta lo es recientemente. Algunas lágrimas han corrido para formar ese capital. Aquí va otra, al parecer también acaudalada. No se le conocen bienes de fortuna, y sin embargo, cualquiera creerá, al verla, que disfruta de pingües rentas.

Este es uno de los misterios sociales, difíciles de descubrir.

Abra Ud. paso á esos dos prototipos de la elegancia, porque lo atropellan á Ud. si no encuentran libre el camino.

Son el orgullo de sus papás y en ellos tienen cifradas todas sus esperanzas para la dirección de los negocios de la casa, para el cuidado de la familia y para transmitir con honor el apellido paterno. Van así, como desbocados, porque han perdido de vista á las dueñas de sus pensamientos, y es de gran tono en los paseos, en la Iglesia y en el teatro, repartir codazos á todo el mundo, para marchar con libertad.

Luego que alcancen á la novia, tomará cada uno del brazo á la suya, dejarán atrás á la mamá contemplando los zacates de los prados, y entretanto las parejas darán dos ó tres vueltas á la alameda en amorosa y tierna conversación.

Estos entes, conocidos en el reino animal con el nombre de pollos, apenas les empiezan á salir las plumas y ya cacarean recio. Son asiduos asistentes á las cantinas, á los billares y á las casas de asignación. Se instalan en las banquetas que rodean la plaza, en los atrios de las iglesias ó en las calles de Hidalgo, para destruir la reputación de las familias, principalmente de las que han rehusado sus torpes galanteos. Por lo general todos son estudiantes destripados, que han salido de los Colegios después de recibir tres erres colosales desde el primer año de preparatorios, y que desengañados los padres de que no han de hacer carrera por medio del estudio, los han sacado de aquellos establecimientos para que se dediquen á todo lo que quieran, menos á un oficio, porque éste es degradante para un joven de elevada alcurnia.

Hay ahora en San Luis otro grupo de jóvenes, como aquel que vá allá, por aquella calzada. Están educados á la moderna; escritura en máquina, teneduría de libros y estropear el inglés á la americana sin saber el castellano, probando esto con la multitud de disparates que en uno y en otro idioma escriben en la máquina.

Estos muchachos no son viciosos, pero luego que ya saben ganar un peso, se subscriben á la Lonja, se abonan al teatro, asisten á toda clase de diversiones y raro es el que ayuda á los gastos de la familia. Cuando ya piensan casarse lo hacen como negocio. No se fijan en la hermosura, virtudes y cualidades de la que desean para esposa, y mucho menos se enamoran de ninguna para llevar al altar á la que haya impresionado su corazón. Eso de casarse por

amor ya no se usa en nuestra juventud masculina. Ahora se escoje para esposa á la que pesa más, á la que tenga de treinta mil pesos para arriba netos y destarados, aunque sea una arpia, un fenómeno de la naturaleza, y muchas veces aunque sea de dudosa virtud. La plata todo lo cubre, y dá patente de talento, de virtud y de honradez.

Algo más podría decir á Ud. de la juventud masculina, pero lo dejaré para otra ocasión.

Vea Ud. aquellas tres jóvenes que enlazadas de los brazos van y vienen por la calzada de cemento. Son muy guapas, y pertenecen á la mejor sociedad de San Luis. La llamo la mejor porque así la titulan los periodistas. Ellos sabrán por qué.

Esas muchachas son las mismas que vimos esta mañana en las misas de diez y de once, con un gran rosario enredado en el antebrazo, un Lavalle con pasta de marfil y la vista baja; van á las dos misas porque tienen la devoción de ver á los novios y á otros pollos relamidos en los atrios de las iglesias. Como son tan nerviosas, anémicas y candidatas á Traviatas, no se levantan temprano para los quehaceres domésticos; desde la noche anterior se hacen algún chino y se colocan el crepé, se envuelven la cabeza para no descomponerse el peinado, se acuestan á dormir, se levantan con la fresca de las nueve y se van á la iglesia.

Allí forman corrillos como los pollos en las cantinas; censuran el próximo matrimonio de su amiga H. porque no merece al novio que es muy guapo y muy elegante, y se citan para ir juntas á la peregrinación del Santuario; de su amiga N. dicen que es muy puerca, que nunca se baña; que es muy pretenciosa y amante de hablar de todo el mundo, y luego abren su libro para hacer examen de conciencia, porque ya no tarda el padre en sentarse en el confesionario; de secreto y en confianza aseguran que el niño que tuvo la señora de C. no se parece á su papá; que por casualidad más bien se parece á un señor que no recuerdan como se llama. En seguida se arriman al Tribunal de la penitencia á reconciliar y luego reciben la comunión.

A eso de las once salen de la Iglesia, confortados sus espíritus con el pan eucarístico, y se van á arreglar á sus casas para ir á visita ó á pasear por las calles de Hidalgo.

Después de comer duermen la siesta, en la tarde vienen al paseo ó se colocan en el balcón ó en la ventana á pasar

les revista á todos los transeúntes; en la noche á la serenata, á alguna visita ó á un baile.

Esa vida tan llena de ocupaciones no les permite saber lo que ocurre en sus casas. El día que se sale la recamara no se vuelven á asear las alcobas y la sala hasta que entra otra, y si es la cocinera la que falta, se manda comprar comida á la fonda, pues ni la mamá ni las niñas han aprendido nunca á hacer comida, porque es una ocupación muy ordinaria. El único guisado que harían con gusto, sería el de pollo, por la satisfacción de ver hervir en la manteca al que les diera calabazas ó se mostrara desdeñoso á sus inocentes insinuaciones.

¡Aprieta! No volvió la cara ni á decirme siquiera "Ud. dispense" Ese joven que acaba de darme tan tremendo pisotón es poeta, no ve ni por donde va, lleva la vista dirigida al cielo esperando descubrir á Venus para componerle un soneto; al verlo, cualquiera creerá que vive en algún figón y que diariamente se pelea con una placera agarrándose mutuamente de los cabellos.

Es que la inspiración no le dá tiempo para peinarse, y cuando se acuerda, se arrima á la alcayata en la que guarda su sombrero, y con unas cuantas cabeceadas en ella, se arregla el pelo lo mejor que puede.

Entran al parque en este momento aquellos dos caballeros sosteniendo, al parecer, interesante y animada conversación. Son dos abogados postulantes, que defienden á partes contrarias en un litigio iniciado hace apenas doce años. Sus maestros empezaron el pleito, los dos murieron, lo siguieron otros abogados de los que unos han muerto también y otros lo han abandonado por falta de las expensas necesarias.

Los primitivos litigantes murieron igualmente, llevando al sepulcro la idea más elevada de la pronta y recta administración de justicia. Sus descendientes heredaron el pleito como esos jóvenes abogados la defensa; la demanda no está todavía contestada, porque ha sido necesario que los jueces, después de los cambios tan frecuentes como la temperatura de San Luis, y de las excusas y recusaciones con y sin causa, resuelvan unos seis ú ocho artículos de previo y especial pronunciamiento y otras tantas apelaciones y juicios de amparo, que la habilidad de los abogados ha interpuesto para la mejor defensa de sus clientes.

Los autos están contenidos hasta hoy en veinticuatro cuadernos, con peso neto de treinta y ocho kilos.

Y no crea Ud. que los dos hijos de Justiniano van discutiendo los derechos que por sus poderdantes piensan alegar ante los tribunales; no señor, van haciendo un balance de los bienes que sobran del litigio, para calcular si al terminar el pleito serán aquellos suficientes para cubrir los honorarios y las costas.

Tras de ellos van otros dos caballeros, también abogados; el de la derecha es Juez de lo criminal y el de la izquierda defensor de pobres. Al despacho del primero entran semanalmente, según los estados que el mismo firma, ocho causas y salen dos; de manera que en esa proporción, pronto habrá necesidad de convertir en otra cárcel la vecina mansión de aquellos á quienes se les ocurrió morir antes de que los llevaran por Ferrocarril hasta el borde del sepulcro; y aunque hay vigente una ley muy fresquita para que los jueces terminen los procesos en ocho meses, máximo, con severas penas á los que no la cumplan y con obligación al Tribunal para hacerla efectiva de oficio, á petición de parte ó por acción popular, ni el Juez ni aquel Supremo Cuerpo, ni los defensores, que en el caso representan á los agraviados, hacen caso alguno de dicha ley, y dejan que transcurra tiempo y más tiempo, para que al fin se declare que un reo, que según su delito merecía dos años de prisión, se le dé por compurgado con la de cinco ó seis años que ha sufrido.

A esa ley le ha sucedido lo que al calzado muy apretado; se conserva nuevecito, sin usarlo, por lo que molesta.

Fijese Vd. en aquel personaje de severa toga, gravemente sentado en aquella banca de fierro; parece que se deleita con las armonías de la Bohemia; no mueve ninguno de los miembros ni para ahuyentar á los mosquitos que rodean su rostro. Es que duerme profundamente, creyendo que está en la Sala del Supremo Tribunal escuchando un alegato de buena prueba.

—¿Y aquel caballero que lleva en una mano un carnet y en la otra un lápiz, como para tomar nota de lo que vé, es periodista?

—No, en San Luis, propiamente hablando, no hay periodistas, y quien sabe cuanto tiempo pasé para que los haya. Ningún periódico serio, de carácter político, científico ó lit

terario tiene vida, si no es que cuente con protección extraña, ó por esfuerzos y sacrificios de su propietario.

Al público potosino no le gusta la lectura, le causa sueno, y cuando suele tener la humorada de leer algo, está tan acostumbrado á que el Gobierno le dé gratis la instrucción primaria y la secundaria, que también quiere los libros y los periódicos al mismo precio. (*) Voy á referir á vd. dos casos de los que con frecuencia se ven. El director ó redactor de un periódico es invitado á una fiesta de sociedad, las más veces con el interés de que el periodista escriba alguna crónica de la reunión, haciendo elogios del local escogido, de la hermosura de las señoritas, de la riqueza de los trajes y alhajas, del exquisito ambigú, de la corrección de los jóvenes, de las atenciones y finezas del anfitrión ó de la Junta directiva si se trata de una sociedad etc., etc. El cronista, en vista del número de concurrentes, hace un tiro extraordinario de 100 ó 200 ejemplares del periódico, haciéndose la ilusión de que va á vender su crónica como pan caliente. Pues no vende ni un ejemplar más de los de costumbre.

A las tres ó cuatro horas de circular el periódico, una amiga le dice á otra: ¿Sabes que en El Estandarte de hoy salió una crónica del baile de anoche, y que nos dicen que estábamos muy bonitas y muy lujosas?—No sé nada, contesta la otra—¿Y quién tendrá ese periódico?—Tampoco lo sé, pero mandaremos pedir prestado el de la peluquería ó el de la Lonja para leerlo y enseñarlo á todas nuestras amigas.

Saben que la Administración está muy cerca y que el periódico no vale más que tres centavos; pero, ¿quién ha de gastar tres centavos en un periódico si se puede leer de valde pidiéndolo prestado al que lo tenga ó en último caso al mismo redactor?

Otra vez se trata del autor de algún libro. Ha empleado tres ó cuatro años en su formación y ha gastado en imprimirlo ochocientos ó mil pesos. Lo pone á la venta, ya no con el deseo de especular, sino únicamente de sacar los gastos.

Á los pocos días recibe un recado ó una tarjeta de un amigo, dándole éste el sentimiento porque no lo ha obsequiado con un ejemplar de su interesante producción.

Después recibe carta de un discípulo que hace trein-

(*) Hablo en términos generales que no excluyen las excepciones que pueda haber.

ta años que lo fueron y no han vuelto á verse, en la que le dice: que impuesto del aviso relativo á su obra, espera que recordando su antigua amistad le mande un ejemplar para él, otro para cada una de sus hijitas con el fin de que se instruyan, otro para regalárselo al Señor Cura y otro para el Jefe Político, á fin de tenerlo grato para que no le cause molestias.

En esta clase de interesados se va la mitad de la edición; de la otra mitad vende el autor veinte ejemplares, los que á los quince días ya están repartidos en los montepios. Después de dos años, para no seguir pagando la renta de una casa con un cuarto más, para tener almacenados los ejemplares sobrantes, los lleva á la azotea y hace de ellos una gran luminaria causando la consiguiente alarma en el vecindario y en la policía. De barato da que no lo acusen de incendiario y lo metan á la penitenciaría.

El gusto del público de San Luis por la lectura, está perfectamente á nivel del que lo distingue por las representaciones teatrales. No le agrada la ópera, el drama, la comedia ni la zarzuela del género grande, sino los títeres, el circo, los toros y los gallos. Para leer no le gustan los libros que instruyen, sino las novelas de á dos ó cuatro reales, los ejemplos que recitan los ciegos en las plazas y los periódicos de oposición grosera, que insultan y calumnian á los funcionarios públicos. Estos sí tienen una circulación asombrosa aunque se vendan clandestinamente.

Es desconsolador ver lo que pasa en San Luis á este respecto: tiene cerca de 70,000 habitantes y sólo hay un periódico sostenido por la constancia y el trabajo de su inteligente fundador, y otro que tiene más intermitencias que la luz eléctrica y que los palúdicos de la Huasteca. Ciudades que tienen menos de la mitad de ese número de habitantes como Chihuahua, Monterrey, Saltillo y Mazatlán, tienen la primera cinco periódicos, uno diario; Monterrey cuatro, uno diario, Saltillo seis, dos diarios; Mazatlán tres, uno diario, y otras ciudades pequeñas como Querétaro y Aguascalientes, sostienen cuando menos dos bisemanales, y todas esas publicaciones no tienen más elementos que los de sus mismos productos y dejan regulares utilidades á sus redactores.

Ese señor que creyó Ud. periodista, es de los que aquí llamamos agiotistas de cartera. No tiene establecida casa ban-

caria, ni siquiera un escritorio en su habitación. Ha de ir haciendo la liquidación de alguna libranza, pagaré ó recibo de empleado que descontó al seis por ciento, ó de los intereses de la cantidad que prestó sobre una casa, cuarta parte de su valor fiscal, con pacto de retroventa.

Estos Sres. hacen sus préstamos al aire libre, en los portales del Obispado, en las bancas de la plaza principal ó al salir de misa después de comulgar, en el atrio de la Iglesia. Tienen sus corredores especiales, sus notarios predilectos, que por conservar la preferencia del cliente agiotista, aglomeran cláusulas perjudiciales al que solicita el préstamo.

En cambio, como no trae ningún distintivo ó atributo de su oficio, como el frutero su batea, el charamusquero su tabla y la tortillera su canasta, no paga al fisco ninguna contribución, pasando únicamente como rico vago en el concepto de los recaudadores.

La banda militar toca las danzas; señal de que acaba la audición musical y el sol despide ya también sus últimos rayos. Nos retiraremos en medio del gentío, sin dejar de enseñar á Ud. por último, al diletanti que llevamos adelante. Oigalo Ud, va tarareando el credo de Oteló.

El divino arte está extraordinariamente desarrollado entre nosotros. Por donde quiera oirá Ud. tocar y cantar los trozos más delicados de Operas de los grandes maestros italianos y alemanes. No hay en San Luis ningún profesor que haya hecho en el Conservatorio Nacional de Música, todos los estudios reglamentarios para obtener el título respectivo, pero tampoco se necesita. Aquí todo el mundo enseña, y ateniéndose á la significación gramatical, todo el que enseña ó se atreve á enseñar una ciencia ó arte, se titula y permite que lo titulen de maestro y á poco andar de profesor.

Salen un alumno de la cátedra de matemáticas, después de haber empleado tres años en el primer curso; ese matemático resulta profesor en ciencias exactas. Otro ha asistido al Colegio los cinco años de estudios preparatorios y los seis profesionales; al fin de los once se le dispensan las materias que debió haber aprendido en ocho, y ya lo tiene Ud. de profesor en Medicina ó en la ciencia del Derecho. Un muchacho empieza á dar á conocer sus buenas ouerdas vocales ó sus robustos pulmones, desde que llora en la escuela ó voca en la calle la fruta ó el pan de huevo.

No falta quien le diga que tiene excelentes disposiciones para músico. Entra de aprendiz con el director de alguna orquesta cargando el contrabajo ó los timbales. Al año ya rasca el violin y canta de tenor en una zarzuela pastoril. A los dos años dá furibundos manazos en el piano, canta en los conciertos de distribuciones de premios ó de beneficencia y á los tres ya es maestro con pretensiones de imitar á Musset en lo alborotado y rebelde del cabello.

En las familias se propaga extraordinariamente la afición por la música y el canto, y no como quiera, sino tan refinadamente, que ninguna Compañía de Opera se arriesga á venir por temor de tener que cantar en familia. Para que venga se necesita que tres ó cuatro personas acomodadas por tal de oír buena música, la llamen proponiéndose cubrir el déficit, ó que una empresa aventure su dinero á ver si siquiera sale á mano.

Esta sociedad es notablemente ilustrada. No le gustan los operistas porque cantan mal, no le gusta el drama porque crispa los nervios, porque contrista en lugar de divertir y porque ya no es de ta época.

No le agrada la comedia moderna porque las escenas de la vida real se ven en las casas y en las calles todos los días, sin necesidad de ir á presenciarlas al teatro.

No le gusta la zarzuela porque es una profanación del divino arte de la música, y hay algunas que hacen asomar el rubor á las Señoras y electrizan á los viejos verdes.

En suma, nada le gusta. Por divertir á los niños los llevan al circo, por compasión á los empresarios concurren á los titeres y á los toros, y por admirar el arrojo y la valentía asisten á los gallos.

¡Qué trescientos mil pesos tan mal gastados en ese teatro de la Paz!

Ciudades de la mitad ó de menos de la mitad del número de habitantes que tiene San Luis, sostienen constantemente regulares y buenas compañías dramáticas ó de zarzuela, y cuando van á ellas compañías de ópera, dan algunas funciones con buen éxito pecuniario.

Es que en esas ciudades no se ha desarrollado todavía el buen gusto, al grado de que todo se vé inferior á lo que hay en casa.

Hemos llegado á la puerta de la de Ud. ¿gusta Ud. pasar?

—Gracias. Hasta mañana

—Adiós.